

1878 **POLAR, JORGE.** *Revolución filosófica de Sócrates.*

Revolución filosófica de Sócrates / Jorge Polar. – Lima, 1878.

12 p.; 22 cm. Texto manuscrito.

Tesis (Lic.) – UNMSM, Facultad de Letras, 1878.

Contenido: “Su obra como filósofo fue la iniciativa de una revolución científica, concóctete a ti mismo, dijo y enseñó al hombre a estudiar al hombre, a estudiar particularmente al espíritu inmortal que lo anima. En conclusión Sócrates es acreedor del respeto y admiración de la posteridad porque supo vivir bien y morir mejor. Vivió como apóstol y murió como mártir”.

Ubicación: Archivo Histórico, UNMSM.

Caja: 77(176) Folios 339-345

REVOLUCION FILOSOFICA DE SOCRATES¹
JORGE POLAR

SS:

Apenas se encontrará en la historia de la humanidad un pueblo, cuya memoria sea más querida que la del pueblo griego. Nos son familiares los hechos de sus grandes hombres, sentimos cariño por sus poetas, filósofos y oradores y guerreros, y de seguro que no hay un hombre medianamente ilustrado, que no conozca su dramática historia.

¿Quién no se ha formado una idea de lo que sería aquel pueblo inspirado, artista, guerrero y soñador? ¿Quién no siente entusiasmo, recordando las extraordinarias hazañas de este pueblo, hijo predilecto de la gloria? ¿Quién no admira a Leonidas, en las Termopilas, a Temistocles en Salamina, a Alejandro en el mundo que recorrió triunfante y civilizador?

Muchas veces, en uno de aquellos momentos en que el espíritu fatigado con el presente abrumador y triste, gusta de refugiarse, de dar vida en la imaginación a aquellos monumentos que ya son ruinas; a aquellos hombres que ya son polvo; algunos veces he gozado en esos momentos, de melancólico placer procurando delinear en mi mente el maravilloso cuadro que nos presenta la antigua Grecia.

Yo he soñado con los bellos campos de la pastoril Arcadia dulcemente contada por los poetas; con aquellos juegos olímpicos, donde el atleta del cuerpo y de la inteligencia se disputaban la palma de la gloria, con aquellos templos y monumentos armados por el genio del inmortal Fidias, con aquella Academia donde paseaba y enseñaba Platón, aquellos pórticos donde solía escucharse a Aristóteles; y al pensar en estas cosas a pesar de tanta gloria, la Grecia sucumbió, no ha podido menos que deplorar lo efímero de la grandezas humanas.

Pero si la antigua Grecia ha desaparecido, la memoria de sus hechos no morirá jamás, porque la gloria sentada sobre sus ruinas vela incesante por ella.

Felicitaríame, pues del tema que la suerte me ha designado como objeto del presente trabajo, sino fuera porque conozco que es débil mi inteligencia y escasa mi ilustración para

¹ Caja 77/ 176 Inicio del folio 339 ídem

hablar dignamente del filósofo pagano, del mas grande de los sabios², de Sócrates el ateniense.

Quédame sólo por lo tanto, el recurso de apelar a vuestra indulgencia, que ella hará disculpar los defectos del presente discurso.

El oriente SS es la tierra de los misterios. En él, la religión y la ciencia permanecen escondidas, en el fondo del santuario, ocultas al vulgo profano, que contempla respetuoso al sacerdote, encargado de guardar el fuego sagrado.

A diferencia del Oriente que el pueblo misterioso, es Grecia el pueblo revelador, Grecia todo lo averigua, todo lo descubre, todo lo enseña y todo lo canta. El sacerdote oriental solo inicia al escogido en medio de las sombras y el silencio del templo; el pueblo griego inicia a la humanidad entera en medio de la naturaleza palpitante y risueña. Los griegos fueron al oriente, sorprendieron el secreto del santuario, y cuando volvieron a Europa lo revelaron al mundo entero. La humanidad debe a estos indiscretos la posesión de la verdad.

Así Tales, Pitágoras y otros estudiaron a las ciencias orientales, y al volver a su patria fundaron la filosofía que era la ciencia universal.

Pero andando los tiempos y después que Tales y los de la escuela Jónica, discursían cual de los elementos había formado el universo, y Pitágoras y los suyos soñaban con al armonía infinita de las esferas, cuando aparecieron muchos filósofos y muchas escuelas, fue tan grande y tan variada el numero de doctrinas y principios que el espíritu humano empezó a encontrarse desorientado, y sintió que la duda se apoderaría de él y que de la duda al escepticismo solo hay un paso.

Entonces aparecieron los sofistas, mercaderes de ciencia y de verdad que, con su fatal influencia acabaron de desprestigiar la filosofía.

Ya era Gorgias de Leontino, que sostenía que nada existe real y si algo existiera nos era imposible conocerlo ni transmitirlo a los demás, ya Protágoras de Abdera afirmaba que no es posible distinguir lo verdadero de lo falso; ya Prodicó se jactaba de saberlo todo; ya en fin Diagoras y Critias que³ se burlaban de los dioses, llegando algunos hasta el cinismo en que podían sostener en igual fuerza la verdad y el error.

² Inicio del folio 340 ídem

³ Inicio del folio 341 ídem

Ha aquí Ss, como la mas espantosa anarquía reinaba en el mundo de la ciencia, del cual había huido, la verdad para no ser profanada por almas corrompidas.

El escepticismo, es decir, la negación, la muerte de la ciencia era la consecuencia forzosa de este trastorno de las ideas.

Era por lo mismo urgente verificar una transformación profunda de la ciencia. La filosofía como todas las ramas de la actividad necesita de tiempo una revolución que la transforme. Las grandes revoluciones de principios tienen su momento señalado en que salvan a la humanidad.

Pero no era cosa fácilmente hacedera, llevar a cabo esta transformación. Necesitaba uno de aquellos hombres superiores en cuya presencia se inclinan y callan los demás; necesitábase un coloso de inteligencia y de virtud, para imponer silencio a la turba insolente de los sofistas que habían invadido el santuario de la ciencia. Este hombre extraordinario apareció al fin. Se llamó Sócrates. Vamos a estudiar su vida y su obra inmortal.

En el templo de Minerva adornado por Fidias y otros insignes escultores solían detenerse los hijos de la culta Atenas. Delante de un grupo de Tres Gracias, admirando su sencillez, decencia y hermosura. El autor de este grupo había sido Sócrates, lo cual prueba que el futuro filósofo, era también un artista, es decir que poseía el delicado sentimiento de la belleza que solo poseen las amas elevadas.

La guerra llamada del Peloponeso ardía entre la indomable y severa Esparta y la graciosa y valiente Atenas. Jonios y Dorios luchaban en nombre de estas dos ciudades, representantes de sus respectivas razas: uno de los hechos de armas más notable de la guerra fue el sitio de Potidea tenazmente asediada y heroicamente defendida. En este sitio, Alcibíades, ilustre ateniense fue hecho prisionero y salvado⁴ por Sócrates que acometió valiente-Jenofonte, el futuro historiador cayó herido en el campo de Delium, en tanto que con sus compatriotas empezaban a huir Sócrates se lanza a la pelea, devuelve el valor y la victoria a los atenienses y salva en sus brazos a Jenofonte. Sócrates fue, pues un valiente.

Vencida Atenas por el brutal Lisandro, soportaba humillada el yugo de los 30 tiranos cuando nadie osaba alzar la voz para protestar de tan indigna tiranía, cuando todos temblaban en presencia de los dominadores, Sócrates, despreciando el peligro, seguía

⁴ Inicio del folio 342 ídem.

paseándose por calles y plazas instruyendo al pueblo y animándolo a recuperar la perdida libertad, Sócrates era pues, no solo un valiente guerrero, sino también un buen ciudadano.

Ahora, si a estas cualidades, se agregan la impasibilidad con que supera los ataques de sus enemigos, la resignación con que aceptaba los golpes de la desgracia, la pureza de sus costumbres y la abnegación para el bien de sus semejantes, podremos formarnos una idea de aquel hombre extraordinario que mas bien que un filósofo pagano parece uno de aquellos héroes formados por la augusta religión cristiana.

Conocido el hombre, veamos ahora su doctrina. El estudio del alma, de las facultades y de su fin objeto principal de la filosofía, ocupaba un lugar secundario en las doctrinas de los filósofos anteriores a Sócrates que más bien se aplicaban al estudio del universo.

Sócrates mirando como inútil todo lo que tuviera por objeto la perfección moral del hombre, fundó la ciencia en este celebre principio *cognoscere ipsum* -conócete a ti mismo. Dueño el hombre de su persona, conocedor de sus facultades y del fin de cada una de ellas, podía entregarse con fruto a la contemplación del ser supremo y a la del universo que lo rodea.

Esta pone la base de la filosofía socrática, llamada a producir una revolución en el mundo de⁵ la ciencia.

Pero Sócrates no fundó una escuela, no organizó un sistema. Su escuela eran las calles y las plazas, donde detenía a los hijos del pueblo para enseñarles la verdad; y su sistema no fue otro que el combate, sin tregua con los sofistas para destruir aquella intrincada y sutil argumentación que despojaba á la filosofía de su noble sencillez y alejaba la verdad de las inteligencias vulgares. Su obra consistió principalmente es iniciar al estudiar del hombre, sentado así las bases de la moral y del derecho. No quiso hacer a los hombres sabios con la sabiduría de las escuelas, sino que quiso hacerlos mejores por medio de la virtud practica y sencilla que con sus máximas y ejemplo enseñaba.

He aquí algunas de estas máximas que revelan el buen sentido y clara inteligencia del gran filósofo practico.

No hay mas que un solo bien decía saber la ciencia, y un solo mal, la ignorancia-la práctica de las virtudes es todo lo hay demás suave y útil en este mundo- el que vende su sabiduría la prostituye , puede compararse, a la mujer disoluta que pone un precio a su belleza- no

⁵ Inicio del folio 343 ídem.

puede existir amistad entre dos malvados- la muerte no es mas que un sueño y un viage para la eternidad.¿Porque temerla?- el ser supremo esta cubierto de un velo, pero todas sus obras nos manifiestan que existe.

Estas máximas y otras muchas forman la moral de Sócrates, y si la adquisición del bien es la verdadera sabiduría, indudablemente que acertó el oráculo de Delfos proclamándolo, el más sabio de todos los hombres.

Veamos ahora las consecuencias de su doctrina.

Sócrates tuvo el honor reservado solo a los grandes reformadores de pagar con su vida su misión.

Dos partidos luchaban encarnizadamente disputándose el dominio de la turbulenta Atenas. Era formado el uno por los ciudadanos amantes de la libertad, pero de una libertad bien entendida y el otro por las turbas de demagogos que pretendían introducir la licencia.

Sócrates condenado enérgicamente por⁶ los excesos de este ultimo partido, se atrajo su odio, y este odio inició al de los sofistas y otros hombres corrompidos interezados en perder al defensor de la verdad y de la virtud, dio resultado que la esperara la primera ocasión para perderlo.

Pero de que acusar a un hombre como Sócrates que había defendido a su patria en los campos de batalla, que había combatido a los tiranos, que llevaba en fin una vida pura e intachable.

La envidia supo encontrar el pretexto de acusación: Melito, uno de aquellos hombres que no pueden perdonar la gloria de los demás, formuló contra Sócrates el cargo de impiedad. Llamó al pueblo á la defensa de sus dioses menospreciados según decía por el filósofo, y el pueblo supersticioso clamó en contra del supuesto impío.

Reunidos los jueces en número de quinientos cincuenta y seis, condenaron al acusado por una mayoría insignificante. No quizo el filósofo defenderse ni apelar a los recursos que la luz le franqueaba para salvar su vida.

Cuando le modificaron la sentencia que lo condenaba a beber la cicuta, exclamó lleno de grandeza y resignación-yo no tengo ningún resentimiento contra el pueblo ni contra los jueces. Ellos van a vivir y yo voy a morir; solo dios sabe cual es la mejor suerte, la suya o

⁶ Inicio del folio 344 ídem

la mía- el ilustre filósofo tenía la creencia consoladora de la inmortalidad del alma, y por eso dejaba sin pena este mundo de miserias.

Algunos días debían pasar antes de que se ejecutase la sentencia porque era costumbre entre los atenienses no dar muerte a los condenados hasta el regreso de la nave portadora de las ofrendas del templo de Apolo de Delfos.

Estos últimos días los pasó Sócrates conversando tranquilamente con sus amigos y sus discípulos. Hablabales de su vida consagrada a la virtud, de sus persecuciones y esperanzas pero sobre todo con voz inspirada y solemne a sus ojos la gloria del alma que abandona la tierra por otro mundo⁷ mejor- porque lloráis, les dice, cuando mi alma asciende a la región desconocida donde ha de celebrar sus eternas nupcias con la verdad. Si me amáis, coronad vuestra frente con el alma, y ceñid también mis sienes de fragantes flores- la muerte es sufrimiento de un instante que anuncia gloria inmortal.

Así en estas sublimes conversaciones pasaron los días, y llegó al fin el momento de cumplir la sentencia.

Sócrates esta más sereno que nunca se le presenta la copa que encierra el veneno y la toma con mano firme y sin que su fisonomía se altere la apura hasta las heces, continuando luego sus piadosos y solemnes discursos. Algunos momentos después sus palabras son entrecortadas. La mirada se apaga, el hielo de la muerte invade la sangre y al fin exhala su último suspiro sin proferir una queja. Sublime ejemplo de resignación y de grandeza de alma.

He ahí Ss como muere el justo, el que en sus últimos momentos no contempla el fantasma aterrador del remordimiento.

Sócrates fue de aquellos hombres que tienen la entereza suficiente para ajustar sus acciones o sus principios, Sócrates podía decir a sus discípulos escuchadme e imitadme, satisfacción que ha podido tener muchos grandes hombres.

Su obra como filósofo fue la iniciativa de una revolución científica- conócete a ti mismo, dijo, y enseñó al hombre á estudiar al hombre, a estudiar principalmente el espíritu inmortal que lo anima. Todas las escuelas que luego de su muerte aparecieron en Grecia nacieron a impulsar de la dirección que él imprimió elevaron los estudios filosóficos.

⁷ Inicio del folio 345 ídem.

En conclusión Ss Sócrates es acreedor al respeto y admiración de la posteridad porque supo vivir bien y morir mejor. Vivir como apóstol y murió como mártir.

JORGE POLAR

V.B. Sebastián Lorente

Lima, 26 de Agosto 1878